
José Ángel Valente y el crujiente señor.

Valente dió, en uno de sus versos, la mejor definición de su propia poesía: “Un objeto duro, resistente a la vista, odioso al tacto”.

Lejano está su repertorio del léxico institucional de lo poético. Son las suyas palabras duras, matéricas, concretísimas, sin concesiones a lo etéreo y al falso espiritualismo; palabras que remiten a referentes prosaicos, cotidianos. Poesía prosaica, en el mejor sentido de la palabra. Resistente y altiva. Como muestra, un poema:

“Entramos en la sombra partida
en la cópula de la noche
con el Dios que revienta en sus entrañas
en la partición indolora de la célula,
en el revés de la pupila,
en la extremidad terminal de la materia
o en su solo comienzo.”

Voluntad de prosa que no debería sorprenernos si consideramos la definición que Valente daba de la poesía: “La poesía es un medio de conocimiento de la realidad”. Pero, ¡joj!, no nos llevemos a engaño. No se trata de un conocimiento finalista, utilitario, en el que la palabra poética es un simple médium para fines no poéticos (desde la crítica social a la petulante pretensión de desvelar sentidos existenciales o el mero éxtasis formal desustanciado que se resume popularmente en un “qué bonito”). La palabra poética es declarada intransitiva, sin afuera. Poesía “basada en hechos reales”, pero para dar lugar a una Zona, a un espacio inusitado, nuevo, estancia, morada desconocida hasta que el poema se hizo carne de palabra. “Yo no busco, encuentro”, decía Picasso. Palabra de artista que no sabe de “temas” y sólo de ob-

jetos. “Palabra total”, no tan lejana de la concepción tarkovskiana de la imagen: “imagen total”, que no es símbolo de nada, que no remite hacia un afuera.

Escribía Gilles Deleuze: “La obra de arte no contiene la más mínima información”. Escribía Valente: “La palabra del verso no conlleva ninguna información. El poema no comunica. Convoca”. Valente místico, sí, pero como Eckhart, como Silesius, por su obstinación en liberar la palabra, la rosa, de porqué (“Die Rose is ohne Warum. Sie blühet weil sie blühet.”), liberarla de “manera” (“ohne weise”), para que la palabra (poética) haga honor a su apellido y deje de ser puente, transitividad y se convierta en hecho, en materia (“En el principio, antes del sentido, está la palabra” -escribía Eckhart-).

Valente, místico hipermoderno, en la estela de Walter Benjamin y su “no tengo nada que decir. Sólo mostrar.”, en la estela de Roland Barthes y su troisième sens. Rotundo Valente, materialista refinado, defendiendo a ultranza el anclaje del lenguaje en el mundo: “No hay experiencia espiritual sin complicidad de lo corpóreo”. Palabra-materia, no porque trate sobre la materia, sino porque ella misma es material intransitivo, caligrafía impermeable: “La forma no es más que el destino que la realidad impone a la palabra”. Valente marxista (de Groucho Marx): “El hombre no conserva ningún vínculo personal con su vida”; contrariado por las palabras obesas de humo voceadas por el “crujiente señor de los principios principales”, enemigo de la fraseología cosmogónica, falsamente trascendental, falsamente poética con su profundidad de charco, wittgensteiniano en fin. Tercer sentido, entonces: ni ojo ni forma, vacío pantagruélico, festín de la mirada.
